

tas palabras hicieron concebir á Brígida y Emiliano la sospecha de si sería él mismo el muchacho de quien trataba ; le preguntaron y supieron de él que habia sido uno de los lacayos que Armance habia mandado á sorprender el carruaje de madama Leclerc. Justificado que Emiliano era el mismo niño que el que el mozo decia, le preguntaron qué sabía acerca de sus padres, y contestó que lo único que sabía era que su padre se llamaba Leclerc ; pero acerca de su paradero lo ignoraba completamente, aunque acaso lo sabría un tal Milet, compañero antiguo suyo en casa del conde. Este Milet era el cochero del conde que habia llevado á Carolina á la casa de madama Leclerc en vez de conducirla al castillo de Armance, como ya hemos visto en su lugar, por lo cual se hallaba en relaciones con Leclerc ; y apenas Emiliano le dijo quién era y lo que deseaba saber, lleno de alegría fué á casa de los dos esposos, conduciendo á ella á su hijo, á quien diez años hacia lloraban por muerto, y ahora le recobraban rico, bien educado, ya hombre y lleno de amor para con los autores de su existencia, gracias todo á la probidad y desvelos de la buena Brígida. Despues de pasadas las efusiones de cariño, dieron á aquella mujer las gracias por tantos cuidados, y le ofrecieron tenerla como hermana en su casa el resto de su vida.

Terminado el relato, madama Leclerc y su familia se retiraron exigiendo de Palemon y sus hijos que al dia siguiente fuesen á la quinta de Brígida, que este nombre quisieron dar á aquella posesion, y se despidieron.

## TARDE XLVII

### LOS PLACERES INOCENTES.

¡ Qué agradable es disfrutar  
De esa dicha verdadera,  
De que á la amistad sincera  
Solo la es dado gozar !  
¡ Cuán grato es el festejar  
Al tierno padre amoroso,  
Al amigo cariñoso  
Que fiel nos tiende su mano,  
Al pariente ó al hermano  
Que nos aprecia afectuoso !

La mañana del siguiente dia se reunió á desayunarse la jóven familia de Palemon, que toda la noche se habia ocupado hasta en los sueños, con los diversos accidentes de la historia de los padres de Emiliano, cuyo asunto ocupó tambien la atencion de la familia durante el desayuno. La avaricia de Mr. Dubourg, y la relajacion del conde de Armance, convencieron á nuestros jóvenes de que si es cierto que se encuentran generalmente personas benéficas, tambien lo es que muchas veces suelen hallarse sugetos inmora-les, corrompidos y perversos.

Leon dijo: Es como una novela la vida de ciertas personas : y á la verdad me parece que todo cuanto leemos en los libros, aun en los de pura invencion, se ha verificado ó debe verificarse. ¡ Suceden tantas cosas en el mundo, ya por debilidad de unos, y

ya por la perversidad de otros! Pero de todo esto es preciso sacar un plan de conducta, y ciertas reglas para no ser víctimas de la maldad de los perversos; yo creo que la mas segura de todas es seguir con firmeza lo que dictan el honor y la probidad, pues tarde ó temprano la virtud triunfa de todo, y queda descubierto el crimen. Seamos virtuosos para no perdernos jamas con los malos. — Verdaderamente, dijo Armando, que esa es una moral muy digna de aprobacion, y que Leon habla como un libro. — Alguna vez, respondió este, puede que escriba libros, y para esto es necesario tener buen corazon, juicio recto, fino discernimiento, y penetrarse de las verdades que se pretenden inspirar á los demas. El que escribe y no piensa como escribe, edifica sobre la arena, no siendo posible que su moral se sostenga, pues en muchas ocasiones no podrá ménos de confesar que se ha equivocado; y por consiguiente jamas podrá adquirirse la confianza de sus lectores. ¡Oh! ahora, gracias á las lecciones de papá, y á los ejemplos que ha presentado á nuestra vista, conozco á los hombres lo bastante para no engañarme sobre sus vicios ni sobre sus virtudes. Los estudio mas que mis hermanos, porque me propongo ilustrarlos algun dia. Hago lo mismo que un jóven artista que se dedica á la pintura; nada se le escapa de los sitios que quiere dibujar, y en los que apénas reparan los otros. Se fija hasta en la cosa mas menuda, miéntras que otro no ve allí sino un conjunto agradable. No me parece que se me puede reprender porque yo quiera hacer un estudio profundo del corazon humano, pues sobre mi insinuada intencion de escribir, tambien me servirá este estudio para manejarme en el mundo, donde lo mismo que en el juego no quiero engañar ni ser engañado. Ved aquí, hermanos míos, mi modo de pensar; y creo que si papá me oyese, tendria la dicha de merecer su aprobacion.

Convinieron todos en que Leon decia muy bien; sin embargo, Julio le objetó que veia las cosas demasiado siniestramente; que sin duda habia muchos criminales en el mundo; pero que no faltan medios para preservarse de sus golpes, y lo que á uno sucede no sucede á otros cien mil. Julio temia que á fuerza de desconfiar de los hombres se les llegase á aborrecer; y en este caso seria preferible vivir en un monte á vivir en una ciudad, y sería preciso renunciar á la sociedad de los hombres para tenerla con las fieras. Me parece, añadió, que la mucha desconfianza conduce á la misantropía, que es el sello del extravío de la razon; y por otra parte, ¿en qué razon se fundará un hombre para tenerse por me-

jor que los demas? ¿En qué no roba ni da venenos como el conde de Armance? Nosotros tenemos nuestros defectos y debilidades, si otros tienen pasiones criminales; y en todo esto no veo sino un mas ó ménos que diferencia las especies, y separa los buenos de los malos. Afortunadamente estos últimos son pocos; los grandes malvados son unos fenómenos de la naturaleza, así como los terribles huracanes que se verifican raras veces, y destruyen la esperanza del útil agricultor; pero estos vientos, cuando son templados, producen mil beneficios. Ya veis, pues, hermanos míos, que es menester no preocuparnos contra la especie humana, porque en ella se encuentren algunos individuos que la degradan; estos son una excepcion de los demas hombres, y no deben considerarse con relacion al todo, que es bueno, sensible, generoso y compasivo.

Demasiado sería era esta conversacion para Adela y Enriqueta; y así la interrumpieron, empeñando á sus jóvenes amantes á que las hicieran ramilletes, porque como habian de comer con otras gentes, necesitaban adornarse algo mas de lo regular. Al instante Julio y Armando salieron al campo á recoger los preciosos regalos de Flora, para que sirviesen de ornato á sus amadas. Trajeron los ramilletes, que fueron muy alabados, y cada cual se retiró á disponerse. Palemon, que habia oido la conferencia de Julio y Leon, se paseó con su amigo Delacour, y ambos convinieron en que no podia darse mas juicio y discernimiento que el que manifestaban aquellos jóvenes. ¡Oh amigo mio! dijo Delacour á Palemon, ¡qué padre tan feliz sois! — No me cuesta pocas fatigas y sudores tan sagrado título. ¿No veis que empleo todos los instantes de mi vida en la educacion de mis hijos, y que esta es una ocupacion bastante penosa? Todos mis conocidos me dicen que para educar los hijos del modo que yo lo hago, es preciso no atender á otra cosa, y yo lo confieso; el arte de educar la juventud exige tanta atencion y tanto desvelo, que no permite el menor descanso; pero yo no puedo acomodarme al método de aquellos preceptores que toman treinta, cuarenta ó mas discípulos, les hacen repetir uno tras otro ciertas lecciones, atienden regularmente solo á tres ó cuatro de ellos, sin cuidar de los demas, arreglan las horas de sus tareas como las de un jornalero, y al cabo de unos años, preciosos si se emplearan bien, entregan á sus padres unos muchachos muy griegos y latinos, pero muy embusteros, envidiosos, desconfiados é imbuidos de todos los vicios que mutuamente se comunican y despliegan despues en la sociedad, corrompiéndola

y escandalizándola. Me hago cargo de que no todos los padres pueden hacer lo que quieren; y que les es preciso, por decirlo así, sortear la educacion de sus hijos aventurándola; pero yo, gracias á Dios, puedo evitar este mal, y me ocupo exclusivamente en las obligaciones que me ha impuesto la naturaleza. No pierdo de vista á mis hijos ni un minuto en todo el dia, y los sigo tanto en sus tareas como en sus recreaciones. Oigo todo lo que dicen, veo cuanto hacen, y por lo regular sin que ellos lo sepan; y rectificando sin cesar su juicio con la leccion animada del ejemplo, jamas tengo con ellos el tono de un preceptor ridiculo que siempre está con la palmeta en la mano. Así es que estoy persuadido de que no hay un padre tan feliz como yo, y que nadie recibe recompensa mas útil y dulce de sus fatigas. Es preciso confesar que mis hijos son bellísimos; y sin hablar de su corazon, que es excelente, como su razon está cultivada, y su ingenio es vivo y penetrante, tienen conocimientos que pueden serles utilísimos en el mundo. El mayor es un excelente matemático, y todo lo puede emprender. Benito habla cinco ó seis lenguas, es emprendedor, y un amigo me ha prometido acomodarle muy bien en el ramo de la marina, donde podrá adelantar. Leon... ¡oh! este es un preciosísimo muchacho: su talento es prodigioso; nada se le resiste, y le tengo preparada una plaza de secretario de un gran señor, que puede elevarle á los primeros empleos del estado. Ya cuento por acomodados á estos tres, aunque el establecimiento de Armando no está del todo asegurado, y por eso nada digo de él; pero no me causa pena. Me restan todavía una hija y un hijo adoptivo: oid lo que pretendo hacer con ellos. Cuando hubiere acomodado á sus hermanos, que no dejará de costarme bastante dinero, casaré á Julio con mi Adela, y estos buenos muchachos quedarán en mi compañía: ellos cerrarán mis ojos, partirán mi herencia con sus hermanos, y les dejaré ademas mi granja para morada suya. Tal es mi plan, amigo mio: me parece que no tengo nada que añadir sino una cosa. Armando ama á vuestra hija Enriqueta; ¿consentiriais en su union?... Vamos, vamos, me parece que sí; veo que os embarazáis porque nada podéis dar á Enriqueta; pero no os dé cuidado; ya buscaremos con que puedan acudir á sus necesidades; y luego, amigo, que trabajen así como nosotros hemos trabajado; y el señor matemático tendrá, si no me engaño, muy buen cuidado de hacer feliz á su esposa y á sus hijos, si los tuviere: ¿qué tal? ¿no os parece esto bien pensado?

Mr. Delacour agradeció á Palemon la delicadeza de su proceder, y los dos amigos se pasearon juntos hasta la hora de partir para la granja de Brígida, hablando de todas estas cosas con la mayor confianza y satisfaccion. ¡Qué alegre estaba el buen Palemon! ¡brillaba en sus ojos el fuego de la ternura y de la alegría! Acababa de arreglar el destino de sus hijos, entre quienes repartia igualmente su afecto y su fortuna. ¡Era justo, era buen padre, era feliz! ¡oh, qué satisfacciones tan dulces! Ellas dan al hombre cierto carácter augusto, que inspira á un mismo tiempo amor y veneracion.

Todavía se paseaban nuestros amigos cuando vieron á la hermosa tropa de muchachos, que muy aseados y llenos de júbilo venian á avisarles que ya era hora de tomar el camino. Mr. y madama Leclerc los habian convidado, y era preciso llegar temprano para tener tiempo de pasearse y divertirse. Palemon tomó su baston y sombrero que trajo Benito. Delacour tomó el suyo de manos de su hija, y todos salieron al campo. Ya no era aquella tropa libre y alborotada que en tiempos anteriores habia pasado por el mismo camino saltando y jugando á las cuastro esquinas: eran personitas muy compuestas y racionales. Cada amante daba el brazo á su querida con licencia de los papás, que se sonreían. Benito caminaba reposadamente junto á Palemon y su amigo, que hablaban de cosas serias, y Leon iba separado de todos, meditando acaso en la composicion de algun poema.

Llegaron á la granja de Brígida, donde los esperaban con impaciencia. Desde la puerta percibieron un delicioso olor que salia de la cocina y lisonjeaba el olfato; y nuestros jóvenes, que se sentian con buen apetito, se miraban y se reian complaciéndose con tan grato olor. La granja de Brígida estaba lo mismo que un espejo. En la sala baja encontraron nuestros amigos á madama Leclerc y á la jóven Rosalia, que se levantaron á recibirlos. Al instante enviaron aviso de la llegada de Palemon á Mr. Leclerc y á su hijo Emiliano, que estaban ocupados en la huerta, y luego vinieron á abrazar al virtuoso anciano y á sus hijos. Despues de las corteses demostraciones de un franco recibimiento, determinaron dar un paseo por la huerta. Emiliano dió el brazo á su madre, y Leon ofreció el suyo á Rosalia, cuyas gracias y adorno modesto le hicieron bastante impresion. Entraron en la huerta: ¡qué agradable sorpresa! bajo de un pabellon que formaban las entrelazadas ramas de unos tilos, jazmines y madreselva, habia una mesa con muchos cubiertos; todos los árboles estaban ador-

nados con guirnaldas de flores, y los rústicos ecos de un tamboril, que acompañaban los de una dulzaina, advirtieron que este lugar estaba destinado á Céres, Baco y Terpsicor. Se danzaria despues de comer, y segun parecia hasta entrada la noche, porque unos faroles, pendientes de las guirnaldas, anunciaban que habria iluminacion. ¡ Qué dia tan divertido se preparaba! Nuestros jóvenes saltaban de placer á vista de tan gratos preparativos: ¿ qué es esto? exclamó Palemon, ¿ estamos en los palacios encantados de la celebrada Armida? — Todo cuanto veis, respondió Leclerc, es disposicion de mi hijo, todo es invencion suya; y ha pasado una parte de la noche el pobre muchacho para proporcionaros algun entretenimiento. Ha querido recibir dignamente á unos amigos sinceros y afectuosos, y celebrar con placeres inocentes la felicidad de haber hallado á sus padres. Brígida le ha ayudado... ¡ oh! ¡ si hubieseis visto á esta buena mujer subir, bajar, correr, y no parar á pesar de su mucha edad con tanto celo!... creo que se echaria en el fuego por su Emiliano: es imposible hallar una mujer mas buena... pero ahora no lo veis todo; aun espero que os sorprenderéis mas, porque los festines de Neron, que describe Petronio, son nada en comparacion de lo que os falta por ver. Ya, ya advertiréis ¡ qué lujo, qué máquinas, qué fuegos artificiales!... pero debo callar, pues si mi hijo supiera que os participo sus ideas, lo sentiria infinito. — ¡ Qué buen padre sois! — ¿ Qué he de hacer? ¡ el muchacho es tan dócil, tan respetuoso y tan bueno! Á mas de eso, á su madre y á mí nos ha costado tantas lágrimas, que se nos debe perdonar si incurrimos en algun exceso de condescendencia. ¡ Ah Palemon! ¡ si todos conocieran como nosotros la felicidad de ser padres! Dejemos á estos niños correr, jugar, travesear y divertirse á nuestra vista con inocentes placeres, que este es el medio de que nunca apetezcan otra sociedad que la nuestra. Esta noche, á una hora regular, volveréis á vuestra granja en mi coche, los muchachos se acomodarán tambien en él del modo posible, y os acompañarán mis criados, aunque estos campos no son peligrosos, ni por sus caminos, ni por malhechores.

Palemon dió las gracias á Mr. Leclerc por la distraccion que á todos proporcionaba, y seguidamente, miéntras la hora de comer se acercaba, empezaron los juegos de los niños: el primero que á su vista se presentó fué el columpio; Adela subió á él, mecióse un buen espacio, siguióla Enriqueta, y luego que esta entre miedosa y mareada bajó de él, se armó una ligera reyerta entre Armando, Benito, Leon y Julio sobre cuál de ellos habia de columpiarse

primero, y en la que, merced á lo testarudo de su carácter, venció Benito, que se columpió largo tiempo y no hubiera descendido tan pronto á no haber abandonado los demas las cuerdas. Despues se columpiaron Leon, Julio, Armando y Emiliano, dejando en seguida este recreo para emprender el juego de la sortija, cuya máquina habia Emiliano llevado de la ciudad inmediata.

Como era consiguiente, tuvo lugar nueva disputa sobre la preferencia en el principio del juego: las sillas eran debidas indudablemente á Adela y Enriqueta; pero con respecto á los caballos apeló tambien Benito á su terquedad, aunque aquí no le valió, pues á propuesta de Julio decidió la suerte, que fué favorable á Armando y Emiliano. Tomaron todos posesion de sus puestos; la máquina giraba con velocidad, los jugadores iban enfilando las sortijas que se presentaban y Enriqueta ganó la partida. Desmontaron los jóvenes, quedando las damas en sus puestos y reemplazando á aquellos Benito y Julio, y este último ganó la partida; Benito no quiso desmontar, reemplazó Leon á Julio, y para mayor desesperacion de Benito ganó Adela: empeñóse aquel en jugar solo; aplicáronse todos al manubrio, y la máquina giraba con una rapidez tal, que el pobre Benito no podia enflar ni una sortija, hasta que despechado se arrojó á tierra, haciendo reir á todos con su mal humor. Entónces llegaron á avisar que esperaba la comida.

Corrieron todos al pabellon, y se sentaron á la mesa con el orden que las atenciones debidas á la diferencia de edades y sexos exigia, cabiéndole á Leon la satisfaccion de sentarse al lado de Rosalia. Inmediato á Mr. Leclerc se sentó un caballero á quien por primera vez veian nuestros jóvenes amigos; y el dueño de la casa presentó á la reunion á Mr. Lucas, que así se llamaba, antiguo propietario, y que por extraordinarios acontecimientos habia perdido la mayor parte de sus bienes. Los concurrentes le dieron la bienvenida y le ofrecieron sus respetos.

Comieron todos con el mejor apetito de los excelentes manjares que se sirvieron, y llegaron á los postres que fueron exquisitos. Pusieron en la mesa un enorme pastel; Emiliano alzó la cubierta, y saltaron al aire algunos pajarillos que no pudieron elevarse mucho por hallarse atados por un pié. Llevaban pendientes del cuello varias divisas muy bien dibujadas, y dedicadas *al respeto filial, á la ternura maternal, á la amistad sincera, á la hermosura, á los placeres inocentes*, etc. Á instancia de las damas se dió libertad á los pajarillos, que alegres fueron á reunirse con

sus compañeros. Á poco rato cayeron desde los árboles sobre la mesa coronas de flores delante de las damas y ramas de mirto delante de los hombres; aquellas las colocaron en sus cabezas, y estos en el ojal de su levita. Celebraban aun la invencion de Emilianio, cuando una blanca paloma que atravesó los aires dejó caer sobre la mesa un círculo lleno de anillos de diferentes dimensiones, que como prendas de amistad debian repartirse entre los comensales: todos ellos tenian su lema correspondiente adecuado á la persona que debia aceptarle: el que tenia escrito *ancianidal* venia perfectamente á Mr. Delacour; el de *bondad* á Palemon; el de *hermosura* á Rosalía; el de *ternura* á madama Leclerc; el de *probidad* á Brigida; el de *delicadeza* á Mr. Leclerc; el de *vivacidad* á Benito; el de *ingenio* á Leon; el de *valor* á Mr. Lucas; el de *dulzura* á Enriqueta; el de *talento* á Armando; el de *candor* á Julio, y el de *respeto* á Emiliano. Un anillo quedaba por adjudicar; decia *amor*, y nadie le reclamaba; Palemon mirando á Julio le dió á Adela, diciendo le parecia que la estaria bien; la jóven se le puso en el dedo, no sin cubrirse el rostro de un pudoroso carmin.

De este modo se divirtieron hasta que se suplicó á las damas que cantasen alguna cosa; Adela, Enriqueta y madama Leclerc se excusaron; pero Rosalía sin hacerse de rogar cantó los siguientes versos:

En la encumbrada cumbre  
del pintoresco Olimpo,  
obsequiar á los dioses  
quiso Jove benigno;

Y porque en alegría  
y en puro regocijo  
la fiesta se celebre,  
dispuso en sualvedrío

No invitar las deidades  
de genio subversivo,  
que quizá trastornasen  
el banquete divino.

Juno, Céres, Minerva,  
el radiante Apolino,  
Mercurio, Iris, Diana,  
Neptuno y sus marinos,

Convidados asisten;  
mas fueron excluidos  
Pluton y sus secuaces,  
Baco, Marte, Cupido,

Con sus furias y parcas,  
sátiros y amorcillos.  
Ambrosía libaron  
que Isis escance altivo

En vasos de topacio,  
de zafir y oro fino;  
y beber rehusaron  
del líquido exquisito

Que la uva destilara  
de Aténas y Corinto,  
de las cuestas de Creta  
y las playas de Chio.

Pues su vapor fragante,  
con su aroma encendido,  
la razon les altera  
aun á los dioses mismos.

Reúnense al saberlo  
todos los excluidos,  
y clamando venganza  
del desaire inaudito,

De acuerdo la trasmiten  
á Vénus y á su hijo,  
Trepan al sacro monte  
Y ocultos entre mirtos,

Con aceradas puntas  
de dardos diamantinos,  
los pechos uno á uno  
traspasaron con tino,

De los potentes dioses  
que del astuto niño  
las flechas hasta entónces  
habian desconocido.

Y de libres á esclavos  
quedaron reducidos,  
puro incienso quemando  
en aras de Cupido.

Fácil era de conocer, que esta composicion alegórica se habia hecho de intento para la funcion; quedó Leon muy complacido al oirla; procuró informarse de quién era el autor, y al saber que era obra de Rosalía, se entusiasmó hasta el extremo, al paso que la jóven ruborizada procuraba excusarse modestamente de los cumplidos que le dirigian. — Si os aplicáis, dijo Leon, no será difícil que os veáis coronada con el laurel de Apolo. ¡Feliz talento! ¡graciosos versos!..... Yo tambien los hago, señorita... Apenas habia pronunciado estas indiscretas palabras, conoció su imprudencia y le pesó. — ¿Conque hacéis versos? dijo Rosalía con toda ingenuidad: los concurrentes se sonrieron y Palemon repuso con acento irónico: ¡Oh! mi hijo es un poeta como pocos; aunque no sé como ha tenido valor para atribuirse esa habilidad despues de haber oido la linda cancion de esta señorita; pero ya que lo ha hecho, suplico á la amable Enriqueta tenga á bien cantarnos la composicion que él hizo para nuestra última comida de campo, y sin duda me felicitaréis por ser padre de tan grande hombre.

Quedó Leon avergonzado al escuchar tan dulce reprimenda; Enriqueta cantó, y la composicion agradó á todos y mas particularmente á Rosalía, trocándose entre ambos compositores miradas furtivas llenas de expresion, que no desagradaron á Palemon.

Cantó despues Adela, luego madama Leclerc, despues su esposo, y hasta Palemon entonó una cancion báquica mas en armonía con su buen humor que con sus severos principios. Levantáronse las mesas, y quedó el pabellon dispuesto para el baile, á que concurrieron várias gentes del país, y en cuyo ejercicio se empleó el resto de la tarde, sirviéndose en los intermedios dulces, frutas y refrescos, á los que los mocitos hicieron perfectamente los honores.

Llegó la noche y el jardin se vió como por encanto iluminado; millares de vasos de colores se veian colocados ya en los intermedios de los frutales, formando estrellas, ruedas giratorias, pirámides.... ya hábilmente distribuidos en el suelo entre los cuadros de flores, y de la copa de los árboles pendian en festones globos luminosos; ó bien se veian dispersos y aislados entre el follaje formando un conjunto sumamente agradable.

Cuando ya todos habian gozado del espectáculo de la iluminacion, vieron cruzarse por los aires diversos cohetes y voladores que llamaron la atencion de nuestros jóvenes, y en seguida tuvieron lugar los fuegos artificiales, que agradaron sobremanera

á toda la concurrencia y excitaron las simpatías en favor del diestro artífice que los habia dispuesto, pues Emiliano, tan instruido en la pirotecnia como en las demas ciencias naturales, á nadie habia fiado la ejecucion de estos recreos. Lo que mas agradó á todos fué un magnífico arco de fuego de varios colores, en cuya cartela se leian estas palabras: *Felices aquellos que encuentran, como yo, un buen padre y una tierna madre.*

De este modo terminaron las diversiones de aquel dia; todos felicitaron á Emiliano; se despidieron cordialmente, y despues de haber rogado Palemon á Mr. Lucas fuese á su granja al dia siguiente, se retiraron sumamente contentos.